

De Monopantos y Abencerrajes

Serafin FANJUL

BIBLID [0544-408X]. (1998) 47; 113-140

Resumen: Revisión crítica de las obras literarias hispanas durante los siglos XVI y XVII en torno a la postura de la sociedad española frente a los conversos antiguos musulmanes, con especial valoración de las reacciones sociales producidas en el conflictivo trasfondo religioso de la época.

Abstract: A critical analysis of the literary Hispanic works during the XVIth and XVIIth centuries about Spanish society's position toward the former converted Muslims, with a special assesment of the social reactions caused in the religious setting of conflict in this period.

Palabras clave: Literatura. Siglo de Oro. Postura ante moriscos.

Key words: Literature. Golden Age. Position in the face to the moriscos.

"...por donde vine a entender lo que pienso
que deben de creer todos; que todos aquellos
libros son cosas soñadas y bien escritas para
entretenimiento de los ociosos, y no verdad
alguna."

(Cervantes, *Coloquio de los perros*)

Antes de abordar la incidencia del tema morisco en nuestra literatura moderna, o la supuesta *infiltración* (la tesis conspiratoria *semítica* florece junto a la fe religiosa que la anima) de los moriscos, tal vez no huelgue recordar, siquiera brevemente, cuál era la situación demográfica y el consiguiente peso económico y social de esta minoría en la España de los siglos XVI y XVII. Sabemos, por ej., que en los diversos reinos de Castilla y a tenor de las cifras de 1610 y 1611, los denominados "mudéjares antiguos" -es decir, los musulmanes sometidos antes de 1492 y que hasta entonces habían conservado sus creencias manteniéndose al margen de la sociedad dominante, tolerados pero no queridos, ni integrados, por propia

decisión- no excedían los veinte mil, mayoritariamente concentrados en la región de Murcia¹. Tampoco las cifras de Cataluña son significativas: Lapeyre admite que la cantidad de diez mil moriscos por él ofrecida puede estar inflada², si bien en el actual Aragón el número de sesenta y cuatro mil expulsados que el mismo historiador toma de Fray Marcos de Guadalajara³ nos emplaza ante un problema económico y humano de mayores dimensiones, añadiéndose la circunstancia de que en esa región la expulsión fue casi total, con lo que el número inicial de moriscos y el de exiliados vendrían a coincidir.

El panorama más grave en todos los órdenes lo presentaba el reino de Valencia, donde el régimen de tolerancia -insistimos en que tolerancia no significa convivencia cordial o compenetración- había sobrevivido hasta principios del XVI, pero los *agermanados* forzaron a los musulmanes a bautizarse, así pues desde 1521 empezaron a ser designados como "cristianos nuevos" o moriscos. La presión que sufrían, espoleada por las acciones de los piratas musulmanes, indujo a la fuga masiva hacia el norte de África de pueblos enteros entre 1526 y 1534 (Callosa d'En Sarrià, Oliva, Valldigna, Cullera, Parcent, Polop, Algar, Micleta..) provo-cando en los cristianos viejos una reacción contradictoria, pues si por un lado celebraban la desaparición física de enemigos potenciales como quinta columna y en cualquier caso posibles competidores económicos, por otro se corroboraban a sus ojos las sospechas de que las conversiones habían sido -como no podían ser de otro modo- hipócritas y falsas, agravado este criterio con el temor, de continuo confirmado por los hechos, de que los fugitivos pasarían a engrosar las flotas de corsarios que asolaban el levante español o asaltaban a los navíos mercantes. Sin embargo, en el XVI los cristianos viejos ocupaban las poblaciones grandes (Valencia, Morella, Castellón, Alcira, Gandía, Alicante, Orihuela, Murviedro, Segorbe) al igual que muchos puntos secundarios, en tanto los moriscos quedaban relegados a los arrabales y en proporciones exiguas, sin que se sepa en qué momento, desde la Reconquista, los cristianos se habían convertido en mayoría, apuntándose el crecimiento espectacular de la ciudad de Valencia, durante los siglos XIV y XV, como la causa que habría desequilibrado la balanza a su favor. En el instante del destierro, aproximadamente un cuarto de la población valenciana estaba compuesto

1. Vid. Lapeyre. *Geografía de la España morisca*, p. 158.

2. *Ibid.*, pp. 119-120.

3. *Ibid.*, p. 117.

por moriscos, saliendo camino de Africa 116.022 almas, a las cuales se pueden adicionar otros ocho mil fugados, fallecidos o condenados a galeras. No insistiremos en nuestras dudas en torno al celibato eclesiástico como origen del estancamiento demográfico de los cristianos viejos en el XVI⁴, tesis socorrida y folklórica donde las haya y a la que se suma Lapeyre, si bien él mismo reconoce que otros motivos pudieron incidir en el parón poblacional, como la decadencia de la industria de la seda⁵. Sin embargo, algo resulta evidente, al comprobar el predominio de los cristianos viejos en las aglomeraciones urbanas principales: la industria y el comercio a gran escala estaban en sus manos (y hablamos de Valencia, donde más moriscos había), lo cual debilita en grado sumo las vociferantes condenas pseudohistoricistas que desde el siglo XIX nos anatematizan culpando a la expulsión del empobrecimiento económico español⁶. Debilidad que se torna consunción irremediable con las consideraciones de Lapeyre -nada sospechoso de retórico imperialista- a propósito de la realidad agraria en la Valencia de la época:

"Si adoptamos la distinción tradicional de tierras de secano y tierras de regadío, comprobamos que los moriscos predominaban en las primeras, a excepción de la actual provincia de Castellón, cuyas tierras altas de Morella y el Maestrazgo formaban un sólido bloque cristiano. A partir del río Mijares, casi todos los macizos montañosos e incluso zonas de colinas como la que se extiende al oeste de Valencia hacia Chiva y Buñol estaban pobladas en su mayor parte por moriscos (...) esto nos lleva a una comprobación fundamental, capaz de sorprender a los que creían, en base a afirmaciones muy repetidas, que las fértiles huertas eran el espacio predilecto de los moriscos. Al contrario, el mapa nos muestra que la huerta de Valencia era cristiana en su casi totalidad. Igual que la plana de Castellón, la ribera del Júcar, las huertas de Alicante, Elche y Orihuela. Los moriscos no eran numerosos más que en dos zonas de regadío, alrededor de Játiva y de Gandía. Ambas ciudades cristianas estaban rodeadas por una

4. Vid. S. Fanjul. "Atalaya del tiempo". *Qurtuba*, 2 (1997), pp. 257-259.

5. Lapeyre. *Geografía*, pp. 44-45.

6. Castelar en un famoso discurso exclamaba: "No hay nada más espantoso, más abominable, que aquel gran imperio español que era un sudario que se extendía sobre el planeta. No tenemos agricultura porque arrojamos a los moriscos...; no tenemos industria porque arrojamos a los judíos...", citado por J. Juderías. *La leyenda negra*. Madrid, rep. 1986, p. 304.

multitud de "rafols" y alquerías moriscas. Pero por importantes que fuesen, estas dos llanuras no abarcan más que una escasa superficie"⁷.

El problema morisco estaba, pues, circunscrito a Valencia y, en menor medida, a Aragón. Su incidencia económica era bastante menor de cuanto se ha repetido por los temibles divulgadores y su relevancia cultural -por el bajo nivel socioeconómico de los afectados- más bien escasa. No obstante, atreverse a reflexionar sobre ello, sin prejuicios en pro o en contra de los moriscos, tal como ya adelantó Caro Baroja⁸, y sin pertenecer a ninguna camarilla (erudita en otros tiempos, publicística en la actualidad) es arriesgado: sobre la cabeza del temerario se cierne toda la irracionalidad de los autocríticos, bien pertrechados con su catecismo particular bajo el brazo; autocríticos que jamás se autocritican sometiendo a revisión sus propias ideas, limitados como están a ensombrear más aun facetas de nuestra historia que ya fueron sombrías de por sí, sin necesidad de ayudas. Américo Castro y sus beatos epígonos, entre los españoles, han construido la ficción de unos conversos (marranos o moriscos, todos juntos: todo vale) que se infiltran en los medios culturales de la época y los inficionan con su propia *identidad* -¿se percatarán siquiera de que éste es un concepto recientísimo?- inoculándoles la preocupación por el vivir desviviéndose⁹, la crítica al sistema de valores dominante, el temor a la Inquisición, la conciencia casticista, la búsqueda de la fama..., que sólo pueden explicarse, según ellos, por la procedencia *semítica*¹⁰ de los autores; despachan "la literatura del Siglo de Oro en el marco de una *sociedad conflictiva* -¿cuál no lo es?- de enfrentamiento de castas; y en toda la literatura subyacería el ajuste de cuentas entre cristianos viejos (el Romancero, la novela de caballería,

7. Lapeyre. *Geografía*, pp. 36-37.

8. Refiriéndose a los conversos judíos: "tocar el asunto es lo mismo que salir malparado, si no pertenece uno a un "katipunán" erudito, si pretende matizar y no dejarse seducir por lugares comunes. Cuanto más se dogmatice menos se entenderá una sociedad que crea los estatutos de limpieza, los sambenitos y las cruces honoríficas". Caro Baroja. *Las formas complejas de la vida religiosa (XVI y XVII)*. p. 523.

9. R. García Cárcel. *Las culturas del Siglo de Oro*. Madrid, 1989, p. 17.

10. L. López-Baralt. *Huellas del islam*, p. 16 con desparpajo no muy original -lo toma de A. Castro- habla tan tranquila de "ingredientes semíticos" como si se tratara de evidencias inmanentes al decurso del Cosmos.

la comedia lopesca, Quevedo pertenecían a este bando) contra cristianos nuevos"¹¹. Los orígenes conversos (de judíos) de Santa Teresa o Alemán (ambos buenos católicos) sirven para estupendas generalizaciones, olvidando que los primeros interesados en mostrarse como fieles servidores y adictos a la cultura y la ideología dominantes eran esos mismos cristianos nuevos (vid. *infra* el caso de Francisco de Rojas). Pero hay más: también se excluye la mera posibilidad de que cristianos nuevos o viejos fueran sinceros al cien por cien en sus escritos, en pleno acuerdo con las posturas oficiales en cuestiones concretas (la política antimorisca y la ulterior expulsión, por ej.¹²) que -parece preciso recordar- no eran puras directrices gubernativas sino que respondían a un estado de ánimo (de opinión, diríamos hoy) generalizado. Incluso se retuercen los argumentos en el sentido opuesto a lo que dicen de modo expreso los textos ("El zapatero Pérez de Hita,preciado por todos a causa de su "objetividad" histórica para con cristianos y moriscos se debe haber visto compelido a llamar a estos últimos "infames y perros moriscos salvajes"¹³. Si Ricote o el jadraque Jarife reniegan de sus orígenes y maldicen a su raza¹⁴, hay que imaginar, sin remedio, que Cervantes está "comprando a un alto precio su libertad"; si el autor hace a don Quijote comer, entre otras cosas, "duelos y quebrantos" (huevos con torreznos, a base de cerdo) es para mejor de-mostrar su condición de cristiano nuevo (más bien los moriscos históricos que co-nocemos evitaban con uñas y dientes tales aventuras gastronómicas); si su amada Dulcinea

11. García Cárcel. *Las culturas del Siglo de Oro*, pp. 16-17, quien concluye: " Si asentar la nacionalidad básicamente sobre un carácter (estilo de vida o contextura vital) como hace Sánchez-Albornoz es, a todas luces, indefendible, tampoco depositar la fe exclusiva en la supuesta conciencia como elemento definido, como hace Castro, es hoy creíble".

12. "En este sentido, la lectura de los textos clandestinos frente a la de los 'semioficiales' producen una poderosa sensación de alivio: descubrimos que alguien fue capaz de escribir sin trabas en la España del XVI. La literatura aljamiada es posiblemente una de las pocas literaturas sinceras del Renacimiento español" (López-Baralt, p. 155). La rotundidad de este juicio de intenciones nos exime hasta de comentarlo.

13. López-Baralt. *Ibid.*, p. 152.

14. López-Baralt. *Ibid.*, p. 152 : ¿En qué quedamos? ¿Podrán aclarar de una vez por todas los castristas (de don Américo, se entiende, por favor) si los moriscos eran *españoles* o pertenecían a otra *raza*?

sala puercos es también por proceder de moriscos¹⁵; si don Quijote es imaginativo e inteligente y lee libros también denota antepasados conversos... No hay escapatoria ante esta técnica deductiva, esta forma de razonar, pues previamente Américo Castro había establecido el dogma de que sólo leían libros o tenían inquietudes científicas los judeoconversos¹⁶, razón de que "...en la vida española no se produjo ninguna actividad científica original y por sí sola válida"¹⁷. Con lo cual las 32 universidades existentes en los siglos XVI y XVII quedan vaciadas de contenido y objeto, mientras de idéntica forma resulta incomprensible el tonto oscurantismo voluntario de las instituciones europeas que acogieron a la sazón a una pléyade de científicos y maestros españoles (y no por ser protestantes fugitivos, en su mayoría)¹⁸. Tampoco se comprende el masoquismo europeo con la moda de la literatura española y sus consiguientes traducciones y copias de temáticas y modelos hispanos, etc.¹⁹. Pero lo que en modo alguno se entiende -y ahora ya en serio- es que un erudito tan leído como A. Castro se deje arrastrar de su propia verborrea, o de su misión profética, hasta el extremo de ignorar adrede las inmensas aportaciones españolas en Cosmografía y Geografía, fruto de los descubrimientos (el mapa de Juan de la Cosa es de 1500..., nada menos; por no enhebrar una lista de cartógrafos y astrónomos); o los estudios de Medicina, Ciencias

15. "Para colmo, Dulcinea sala puercos: exhibe una costumbre cristiana *con desesperación, de seguro* para ocultar sus orígenes desprestigiados" (López-Baralt. *Ibid.*, p. 38). La cursiva es nuestra (S.F.).

La modesta cifra de 138 moriscos registrados en El Toboso en el censo de 1589 (Lapeyre, *Geografía*, p. 168) no parece abonar la teoría de que Cervantes eligió el lugar para resaltar el origen de Dulcinea como cristiana nueva: otros lugares de la región reunían comunidades mucho más numerosas y, por tanto, significativas (Quintanar de la Orden, Corral de Almaguer, etc. sin salirnos de la actual provincia de Toledo).

16. De los moriscos no se habla mucho en este punto por su bajo nivel económico y sociocultural.

17. Castro. *La realidad histórica de España*. México, 1971⁴, p. 16.

18. Vid. listas en todas las disciplinas posibles en J. Juderías. *La leyenda negra*. rep. Madrid, 1986, p. 129.

19. Juderías. *La leyenda negra*, pp. 130-1.

Exactas, Mecánica, Botánica, Lingüística, Filosofía, etc.²⁰. Nada de ello vale un ardite si de antemano así lo hemos decidido.

Mención especial requiere el *Diálogo de los mártires de Argel* de Antonio de Sosa²¹ que nos presenta una colección de martirios por la fe de cristianos prisioneros. La obra, cuyo valor documental es, en conjunto, fiable, adolece del inevitable tono arrebatado-apologético comprensible en alguien que padecía la esclavitud en primera persona, sabedor por ende del efecto ideológico que su texto habría de producir en los receptores cristianos. Por ello, no podemos quedarnos en el envoltorio (su forma de expresión, o la idealización de las víctimas, tan fácil de caricaturizar hoy en día), en tanto estimamos sus escalofriantes relatos dignos de tomar en cuenta, cuando menos como referencia para relativizar los sufrimientos que endosaban los moriscos, sus coetáneos. Sosa/Haedo corroboran datos y prácticas bien conocidas: las fugas masivas y voluntarias de moriscos valencianos hacia Berbería, el rencor que éstos vierten sobre los presos españoles, el establecimiento de ciudades en la costa argelina especializadas en la piratería (Cherchell o la misma capital), la existencia de musulmanes cristianizados que aceptan el martirio antes que renegar de la fe, la crueldad horrenda de las ejecuciones (empalamientos, hoguera, lapidaciones, asaeteamiento, víctimas enterradas vivas y un largo etcétera), o de castigos *menores* (corte de orejas y narices, flagelaciones...) que en la época eran habituales en el Mediterráneo y en toda Europa. Sosa/Haedo adjudican a berberiscos, turcos, árabes, moros en general, las mismas sevicias que otros escritores holandeses, franceses o alemanes achacaban a los españoles²², con lujo de viñetas esgrimidas como *prueba* de la Leyenda Negra y sin tregua reimprimadas en grabados interiores o cubiertas de libros hasta nuestros días. Con toda seguridad, unos y otros exageraban; y, con no menos certeza, tampoco inventaban *ex nihilo*. Si la España de entonces, en vez de ignorar las realidades adversas, enfrascada con su ya no muy limpio ombligo, se hubiese aplicado con una industria editorial pareja a denunciar los excesos de los protestantes o, simplemente, de sus enemigos europeos, también habría podido competir con éxito en esta variante de

20. Sobre todo ello, vid. Juderías. *La leyenda negra*, pp. 116-124.

21. Según sus editores (E. Sola y J. M. Parreño), antes atribuido a Fr. Diego de Haedo, en Antonio de Sosa. *Diálogo de los mártires de Argel*. Madrid, 1990.

22. Vid al respecto las pp. 17-18 en la Introducción de J.M. Parreño a la ed. del *Diálogo*.

propaganda político-religiosa y forjar, a su vez, otras leyendas tan ne-gras como la propia. Quizás el desdén hacia el adversario, fruto de la sobrevaloración de las propias fuerzas, lo impidiera; o la lejanía con que se vivían en la Península los conflictos europeos, pese a estar metidos en ellos hasta el cuello. En todo caso, Antonio de Sosa sí participa con sus páginas en la confrontación con el enemigo inmediato (*el turco, el moro*) y ofrece un soporte argumental creí-ble y serio para los españoles contemporáneos: no olvidemos que la expulsión de los moriscos se completa en 1614, dos años después de la aparición de la *Topographia e Historia General de Argel*, en la cual está inserto el *Diálogo de los már-tires*. Pero su libro no es una mera coartada moral fabricada *ad hoc*, sino un ins-trumento razonable -y con infinidad de detalles concretos- resultado y testimonio de sus feas experien-cias durante la prisión, un grito de socorro en suma. La apari-ción, nada literaria, de Cervantes²³ dota de un emocionante verismo histórico a la relación de Sosa.

Pero lo que en verdad llama la atención en la obra no son los esperables tor-mentos y heroísmos de unos u otros, sino el tono de militante entusiasmo pro-musulmán de uno de los editores, E. Sola, quien, tanto en este libro como en otro²⁴, no recata su parcialidad, pese a tratar de enmascararla de *objetividad* y sentido de revisión *autocrítica*, aquejado del mismo dulce desmayo que sufren al-gunos en cuanto ven un turbante. Así, por ej., al aludir a la muerte de Aruch Bar-barroja, en combate con los españoles y en el curso de sus correrías (es obvio que asumiendo los riesgos que tales andanzas conllevaban), destapa unas simpatías un poquito cómicas: "los españoles lo mataron porque aquello era tiranía y no se po-día permitir"²⁵. El hipercriticismo autoflagelante no se para en barras y, ya pues-tos a ser más papistas que el Papa, nos refiere el autor²⁶ la historia de un zagal de Carboneras que, tras ser raptado por los piratas (1724) regresa a España, resca-tado por los mercedarios en Argel. El lance induce a E. Sola a concluir de modo tan estupendo como delirante: "El niño Francisco Hernández, de siete años, seguro que guardaría recuerdos de aquella aventura de veinticuatro días argelinos de su infancia, y no sería aventurado sospechar que un día, de alguna manera, volvería

23. Pp. 178-181, en la ed. Parreño-Sola mencionada.

24. *Un Mediterráneo de piratas*. Madrid, 1988.

25. E. Sola. *Un Mediterráneo...*, p. 301.

26. *Ibid.*, p. 294.

a visitar Berbería": ¡Héle las fiebres turísticas de un pastor almeriense en pleno siglo XVIII!

Y si por tales piélagos de fantasías navegan españoles, no es sorprendente que críticos extranjeros desdeñen la discreta prudencia de Cirot²⁷, que propone limitarse a intentar entender los fenómenos, y se lancen a la cómoda y entretenida condena desde una distancia de cuatro siglos, obviando los aspectos que menos les interesa mencionar (tal, la connivencia de los moriscos con los turcos²⁸) y fijándose, como de costumbre, en las acusaciones más estériles ("medidas que emanan de una política encaminada al etnocidio"²⁹), al abordar la prohibición de la poligamia por los legisladores españoles del XVI: es de suponer que la interdicción de la poligamia en la Francia actual también tiene como objetivo "una completa asimilación al modelo familiar de la mayoría"³⁰. No obstante, el más asombroso y chusco patinazo de Bernard Vincent se produce cuando el historiador francés afirma muy convencido que la etimología del verbo español "retajar", con sentido de "circuncidar", procede de la raíz árabe *t'.h.r*³¹ -lo cual le da pie para toda una serie de conclusiones sobre la difusión de la práctica, para él amplia- cuando, no ya la incontestable documentación de Corominas³², sino la mera existencia del verbo francés *tailler* están proclamando a voces que nos encontramos ante un étimo latino (*TALEARE*): al parecer los árabes no son los únicos aficionados a inventar etimologías basándose en apariencias de similitud fonética.

En definitiva, lo que no quieren unos y otros ver y menos aceptar, allende o aqueude nuestras fronteras, es que los españoles de la época abrigan sobre los

27. "Et l'on peut croire, même si Cervantes n'a pas livré le fond de sa pensée, que l'opinion ainsi exprimée était bien l'opinion courante à cette époque: une phobie collective poussant tout un pays vers une mesure violente dont il nous est difficile aujourd'hui de nous faire juges, et qu'il vaut mieux nous borner à nous expliquer dans la mesure du possible". Cirot. "La maurophilie littéraire en Espagne au XVIe siècle". *Bulletin Hispanique*, 1938, p. 152.

28. "Sufragar las costosas relaciones con la Sublime Puerta", admite B. Vincent (*Minorías*, p. 62).

29. Vincent. *Minorías*, p. 25.

30. *Ibid.*

31. *Ibid.*, pp. 84-5.

32. J. Corominas. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, vol. V, pp. 381-2.

musulmanes (los "moros") las ideas que podían abrigar en sus circunstancias, y no las actuales de "mestizaje", "comprensión" y "convivencia", en las cuales, del lado musulmán, la reciprocidad suele brillar por su ausencia. La confusión -para europeos y españoles- entre las distintas etnias o sectas que componían el mundo islámico en el XVII no difería nada de la ya señalada en la Edad Media³³ y por ello la opinión latente sostenía inexactitudes palmarias como las reseñadas en los siglos medievales: los moros carecen de fe, de racionalidad, de justicia³⁴, etc.; encarnan todos los males, en primer lugar por ser el peligro *físico* y concreto más próximo que se padece, reforzado con la entrada de los turcos en el pleito -Kemal Rais llega en 1501 al Mar Tirreno-, tras el debilitamiento de los árabes norteafricanos. Su *presencia* -digámoslo con un eufemismo políticamente correcto- en el Mediterráneo Occidental continúa el reguero de saqueos y esclavización de habitantes emprendida tiempo atrás en las costas e islas griegas. El asalto y pillaje de Ciudadela (Menorca) en 1558 por Piali Rais; la muerte de Martín de Córdoba, conde de Alcaudete, en Mostaganem, junto con el apresamiento de otros ocho mil españoles en la misma batalla; o la ocupación de Chipre por los otomanos, con repoblación de la isla con musulmanes procedentes de Anatolia, son algunos de los hitos con que el poder islámico de las orillas oriental y meridional del Mediterráneo responde a la guerra de las Alpujarras o a la presión sobre los moriscos de España. Los cautivos en Argel (1579) pasan de 25.000 y una parte de ellos³⁵ apostata de la fe católica, simplemente para sobrevivir e, incluso, en algunos casos para medrar, lo cual induce a algún entusiasta actual a soltar de nuevo la soflama catequista, llamando "tierra de libertad" al país que esclavizaba a los indefensos aldeanos o marinos españoles³⁶. Todo ello se refleja en los escritores del tiempo:

33. Aunque en España la conciencia y conocimiento del problema era mucho mayor, la opinión de Sola-Solé (p. 87) se ajusta a la realidad general: "lo árabe, lo moro, morisco y turco se entremezclaba y confundía".

34. "Casi ninguno déstos sabe la fe que profesa, sino que viven como Alárabes, sin razón, ni justicia, ni concierto". C. Pérez de Herrera. *Amparo de pobres*. Madrid: Espasa-Calpe, 1975, p. 37.

35. Se habla de entre una mitad y dos tercios. Vid. Sosa/Haedo. *Diálogo*, p. 193.

36. E. Sola. *Un Mediterráneo*, p. 301.

el padre de Guzmán de Alfarache reniega en Argel, se casa y enriquece aunque después huye a España³⁷; un rufián replica a su iza:

Adiós te queda, que parto
a ver a Calatayud,
por no ser de tu galera
el forzado de Dragud³⁸;

y tratadistas cuyo objeto central dista mucho de Africa y de los moros, contribuyen a reforzar la noción dominante³⁹, pero no por estar participando en conspiración o campaña de intoxicación ideológica ninguna, sino por ser eco, y no inductores, de la opinión extendida. La preocupación por el norte de Africa (la imagen más tangible) es constante en los escritores españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII. Las plazas que ocupaba el ejército español -Mazalquivir y, sobre todo, Orán- atraen la atención de primeras figuras como Cervantes, Góngora, Lope o Quevedo, pero el interés, literario y sociológico, no es menor en épocas ya más tardías (XVIII), en las páginas de Gerardo Lobo, Ignacio de Luzán o V. García de la Huerta con su tragedia *Raquel*⁴⁰.

Como no podía ser de otro modo, los colores con que se pinta a los individuos y a la sociedad enemiga oscilan entre la exageración y el error por ignorancia, aunque el trasfondo del cuadro sea verídico y fiel exponente de la situación real que se vivía: enfrentamiento continuo entre las dos religiones, las dos culturas, las dos orillas. Sin buenos ni malos, potenciales piratas todos; si bien los cristianos nunca desarrollaron como industria económica, permanente y organizada (para exigir rescates), la captura de musulmanes en las riberas de Africa. La ferocidad

37. M. Alemán. *Guzmán de Alfarache*. Barcelona: Bruguera, 1982, Iª parte, Libro I, Cap. I, p. 33.

38. Anónimo. *Vida y hechos de Estebanillo González*. Madrid: Espasa-Calpe, 1973, vol. II, p. 192.

39. "Sirviendo por fuerza (los cautivos) a gente bárbara y cruel, sin Dios, sin fe y sin justicia, es de gran consideración el peligro que corren de perder las almas", Pérez de Herrera. *Amparo*, p. 84.

40. Ahmed Abi-Ayad. "Oran dans la littérature espagnole: XVI, XVII, XVIII siècles". *Sharq al-Andalus*, 7 (1990), p. 211.

malvada que Duque de Estrada⁴¹ adjudica a los moros de Qerqenna había tenido un antecedente glorioso en la *Legatio Babylonica* (1501) de Mártir de Anglería, en cuya obra desfila un torrente de condenas y observaciones, justas o injustas, que tal vez se entenderían mejor de poder calibrar el pánico que debió pasar el autor en el Egipto mameluco⁴²; como quizás los trabajos y sinsabores padecidos por Diego de Torres en el desempeño de su misión en Marruecos (rescatador de cautivos) contribuirían a explicar sus dicterios genéricos contra los marroquíes⁴³ o, más especialmente, los muy crudos contra Mahoma⁴⁴ o en torno a normas sociales, tal el matrimonio polígamo⁴⁵; en tanto la preocupación primordial, como fuente de ciencia y educación casi única, por la enseñanza del Corán es descrita con ironía por Domingo Badía -alias Alí Bey- escritor tardío a fines del XVIII⁴⁶,

41. "Siendo tan crueles aquellos alarbes que, después de haberles pasado la pica por el cuerpo, ellos, asiéndola con las manos, se la metían hasta llegar tan cerca del que la tenía que le daban con los alfanjes. De esta manera mataron a muchos, hasta que, conociendo la desesperación de aquellos bárbaros, dimos en dejarles las picas en el cuerpo". Memorias de D. Diego Duque de Estrada, en *Autobiografías de soldados*. Ed. J. M. de Cossío. Madrid, B.A.E., 1956, p. 308.

42. "Pasamos allí la noche en las naves, pues aquellos dos acompañantes y guías palatinos que me habían dado, no se atrevieron a confiarme a la perfidia de los bárbaros" (*Legatio*, p. 92); "esta afabilidad en ellos tan inusitada" (*Ibid.*, p. 104); "Viven entregados a toda suerte de deleites, sin preocupación ninguna del futuro y creen que agradan más a su Mahoma cuando se dan al frenesí de los placeres. No obstante, la ley mahometana les manda abstenerse de vino; pero los mamelucos cuando lo consiguen, lo beben con mucha más avidez que nosotros" (*Ibid.*, 124); "... por qué esta raza bárbara y salvaje de hombres nos tienen desde su origen en tan poco y por qué razones piensa este pueblo grosero, desprovisto de toda clase de virtudes, encenagado en la liviandad, enredado en errores detestables, privado totalmente de razón.." (*Ibid.*, p. 210); otros ejemplos en 130, 172, etc.

43. "...un enxambre de gente vil, sin policía ninguna en letras ni en armas. De suerte que con mucha razón se puede dezir que a estado cativa" (D. de Torres. *Relación*, p. 36); "...los moros tienen que los muertos pueden hablar y comer" (*Ibid.*, p. 114).

44. *Ibid.*, p. 201.

45. *Ibid.*, p. 205.

46. "Cuando un muchacho ha acabado los estudios, que consisten en saber leer

viniendo su relato a coincidir plenamente con el de al-Ḥasan b. Muḥammad al-Wazzān -más conocido por Juan León Africano- o con el de alguien tan poco sospechoso de antimusulmán como Ibn Baṭṭūṭa⁴⁷.

Sola-Solé⁴⁸ destaca en términos numéricos el interés literario descubierto por Cervantes en las temáticas "moriscas", en definitiva la veta de aprovechamiento argumental de los conflictos políticos y sociales de la época: "Si nos limitamos a las diez comedias de Cervantes, el número de personajes orientales, con o sin nombre propio específico ("moro", "paje moro", "mercader moro", "garzón", etc.) se elevaría a 62, lo que dentro del total de personajes dramáticos, representarían el elevado porcentaje de casi el 24%. De referirnos sólo a los personajes con nombres propios (Zahara, Arlaza, etc.) el porcentaje sería de casi el 17%, lo que contrasta bien a las claras con el de la producción de Lope, con sólo un 7,5% de nombres propios orientales". El estudioso olvida la abrumadora profusión de obras de Lope, su inmensa fecundidad, por lo cual en Cervantes la desviación estadística puede ser mucho mayor al tener menos obras y por tanto ser el universo de la encuesta más reducido, pero justo es reconocer que tampoco pretende, a partir de esas cifras, extraer por los pelos simpatías criptomoriscas del escritor (¿qué motivos de afecto hacia los árabes podía experimentar, aparte de haber sufrido un largo y penosísimo cautiverio en Argel?); ni tampoco riza el rizo sacando extravagantes conclusiones de las formas de los nombres adaptados (castellanizados: Abindarráez, Abenámar, Abencerraje; o más cercanos al árabe: Muley Hamet, Hazén, Fátima, Halima, etc.) o de la utilización de arabismos en sus obras, cuya intención ambientadora "de color local" es patente y no merece mayores comentarios⁴⁹. El

y escribir, lo cual constituye toda la ciencia de un moro, lo pasean a caballo por las calles", A. Bey. *Marruecos*. Trad. S. Barberá. Madrid: Ed. Nacional, 1984, p. 152.

47. "Su gran atención en el aprendizaje del venerado Corán. Cuando los niños descuidan su estudio, les ponen grilletes en los pies y no se los quitan hasta que lo saben de memoria", Ibn Baṭṭūṭa. *A través del islam*. p. 784.

48. Sola-Solé, p. 89.

49. *Ibid.*, 91. La inclusión de dos palabras (en un fragmento de sesenta y tres) de etimología árabe (alfanje y tahalí) induce a A. M^a Cabo González *et alii* a concluir candorosamente: "es característica la absorción del vocabulario andalusí con respecto al atuendo cristiano. Así tenemos una mezcla de ambas lenguas en este tipo de descripciones", A. M^a Cabo González *et alii*. "La descripción del

mismo Sola-Solé⁵⁰ recuerda el caso de Francisco de Rojas Zorrilla, comprobado descendiente de moriscos y judíos, que en su obra *El Profeta falso Mahoma* (estrenada en 1635), presenta una visión no sólo crítica sino francamente irrespetuosa hacia el personaje aludido, fruto del estado de ánimo de la población contra *el turco*, de las negativas secuelas, todavía muy vivas, que de los moriscos subsistían y de la realidad psicológica que describe el refrán "No hay peor cuña que la de la misma madera". La obra, de gran éxito pese a sus anacronismos y barbaridades históricas, fue muy representada y reeditada, buen exponente tal aceptación de los sentimientos populares, no muy interesados en detectar si la base documental era veraz o si se precisaba bucear en la *Historia Arabum* de R. Ximénez de Rada, en la *Coronica de Mohamad* del Arcipreste de Talavera o en la tantas veces mentada *Primera Crónica General* de Alfonso X -fuentes en que quizás bebiera Rojas Zorrilla- para desentrañar los puntos oscuros o la verosimilitud de las hinchadas acusaciones que al Enviado se dirigían. La obra, como otras⁵¹ del tiempo, suscita el conflicto íntimo de muchos conversos, quienes, para reafirmar su adscripción sincera a la nueva fe (y a la nueva sociedad en que se integraban) no ahorran ataques despiadados, y en ocasiones injustos, contra la antigua: éste pudo ser también el caso de Juan León Africano, como en otro lugar hemos señala-

"moro" en el Quijote: rasgos físicos" *Boletín Asociación Española de Orientalistas*. XXV (1989), pp. 285-294.

Más en serio Sola-Solé (p. 90) resume el problema de los arabismos en Cervantes: "Un rápido recuento de los arabismos del Quijote, por ej., a base del *Vocabulario de Cervantes* (Madrid, RAE, 1962) de Fdez. Gómez, nos suministra unos 1900 vocablos de origen *oriental* (el subrayado es mío, S.F.: omitimos comentar tal generalización), dentro de un conjunto de 378.486 palabras. Ello representa el porcentaje de 0,50%, es decir, puesto con perspectiva, que se requieren unas doscientas palabras por cada arabismo. En otros términos: en el Quijote tendríamos unos cinco arabismos por cada mil palabras". Para comprender el alcance relativo de estas cifras -aun dentro de sus reducidísimos términos- fuerza es recordar que en el siglo XIII, uno de los más arabizados de las letras castellanas, según el recuento de E. K. Neuvonen, el porcentaje de arabismos no sobrepasaría el 0,44%.

50. *Ibid.*, p. 112.

51. V. g. el libro antimusulmán de Juan Andrés de Játiva, alfaquí converso al cristianismo, *Libro nuevamente imprimido que se llama confusión de la secta mahomática y del Alcorán*. Valencia, 1515.

do⁵². En todo caso, uno y otro, Cervantes y Rojas estaban respondiendo a lo que el público demandaba, mostrando las ficciones y explotando los recursos argumentales, los motivos literarios, las distintas secuencias y hasta tópicos que el espectador, oyente o lector esperaban encontrar y dotando al conjunto del espíritu de lucha y rechazo, de condena tajante del moro, tan en boga entonces. Si Cervantes habla del cautiverio es por haberlo soportado en sus carnes, si en sus obras aparecen dispersos personajes moriscos, es sencillamente porque formaban parte del panorama social y si el trato colectivo que otorga a estos falsos conversos es de repulsa, ésta provenía del criterio generalizado, del cual -mientras no se demuestre lo contrario con datos, no con elucubraciones- no hay por qué dudar participaba nuestro genio alcalaíno. Así de obvio, así de poco novelero: qué le vamos a hacer.

Como venimos indicando, todavía en las primeras décadas del XVI subsistía una actitud de cierta tolerancia hacia los moriscos, así pues en 1535, con motivo de la conquista de Túnez, se llevaron las zambras de La Hoya y Axarquía a las fiestas del día de San Luis en Málaga (25 de agosto); lo cual prueba que los moriscos habían conseguido mantener estas diversiones sin gran oposición; y en la Junta toledana de 1539 se declaraba, en su última respuesta, que, si "en las zambras que los cristianos nuevos de moros hiciesen, no interviniera herejía ni apostasía ni sospecha de ella, ni otra cosa que sea contra nuestra santa fe católica, que los inquisidores no procedan contra ellos; pero si en las dichas zambras se cantaran loores de Mahoma u otra cosa que sea en ofensa de nuestra fe, como dicho es, que se haga justicia"⁵³. San Ignacio acepta a muchos conversos en su Compañía y es contrario a los estatutos de limpieza de sangre, postura similar a la de Santa Teresa, el padre Luis de la Palma o el padre Mariana, algunos de los cuales entroncaban de cerca o de lejos con cristianos nuevos⁵⁴. Por otra parte, los moriscos presentaban los rasgos característicos de una *casta*, de un grupo definido y cohesionado, en términos generales (traje, costumbres, gustos artísticos, bailes, músicas, modos de construir, idioma, dedicación a ciertos oficios o forma de vivir el cristia-

52. Pp. 32-33 de nuestra Introducción a la *Descripción general de Africa* de Juan León Africano (Madrid, 1995).

53. A. Gallego Burín y A. Gámir Sandoval. *Los moriscos del reino de Granada según el Sínodo de Guadix de 1554*. rep. Granada, 1996, p. 145.

54. J. Caro Baroja. *Las formas complejas de la vida religiosa (s. XVI y XVII)*. p. 522.

nismo, mucho más ambigua que la propia de una mera disimulación "críptica"⁵⁵), sin que la incorporación de unas mínimas élites de notables a la aristocracia local española de la época (en Granada, v.g.) alcanzase a paliar la impresión general de comunidad enquistada y remisa a sentir con la mayoría.

Los rasgos con que se describe a los moriscos -o a los *moros*, en sentido amplio- son físicos a veces, de *pasiones*⁵⁶ o, sobre todo, atañen a manifestaciones culturales externas, con neta distinción respecto a los gitanos, que nunca adoptaron una actitud religiosa terca anticristiana sino que, por el contrario, se declaran católicos y es "la vida que llevan y su aspecto"⁵⁷ el motivo de su rechazo. La descripción de los moros adquiere tintes con frecuencia burlescos y en ellos se concentra el cúmulo de tópicos -evidencias culpables a ojos de los cristianos viejos- referentes al vino, el tocino, el no creer en Dios...⁵⁸, y a la lengua: por ej., el uso del artículo árabe *al-* precediendo a los sustantivos y adjetivos árabes y, por analogía, al léxico romance⁵⁹, sin atender a diferenciaciones de género y número en el artículo, pues en esa lengua no las hay y los moriscos, al chapurrear el castellano, caían fácilmente en este tipo de errores, con la consiguiente explotación cómica. Aunque el recurso literario de presentar como risible el habla de los moros ya había sido percibido por autores de dos siglos antes, v.g. el Conde de Paredes ("Gualá, estar hombre del campo// aunque no lo parecer"⁶⁰), será el desarrollo

55. *Ibid.*, p. 525.

56. *Ibid.*. *Las formas complejas*, p. 531.

57. *Ibid.*, p. 529.

58. Lope de Vega. *Un pastoral albergue*, acto I, *Obras de Lope de Vega*, XXIX, B.A.E., continuación, CCXXXIV, 207. También en un romance morisco de intención claramente burlesca y satírica (buen ejercicio de autocritica) de Góngora ("amador con ajaqueca// arrocinado de cara// y carigordo de piernas (...); Ay, moro, más gemidor// que el eje de una carreta", etc., en Góngora. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1967, p. 78-79); igualmente entre los romances atribuibles de Góngora, otra composición censurando a los poetas que cantan las inexistentes glorias presentes de los moriscos (*Ibid.*, pp. 268-269).

59. Sola-Solé, p. 82.

60. El Conde de Paredes a Juan Poeta, en *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*. Ed. J. A. Bellón y P. Jauralde. Madrid: Akal, 1974, p. 92.

del teatro el que favorezca más su uso; así la canción morisca que Lope adjudica a un moro en su comedia *San Diego de Alcalá*⁶¹:

El maniana de san Juan
al tempo que el manecía,
gran festa hacedle los moros
al Señor san Joan Baptista.

¡Ay ha!

Salimos todos al vega
divididos al cuadrillas:
Benzaide lievar leonado
con lunas de plata fina.

¡Ay ha!

Alcaide de los donceles
una marlota marilia,
toda de Mahomas de oro
e mil arábigas cifras.

¡Ay ha!

Cuando estar jugando todos
con el dargas y cañizas,
el maestre de Santiaguas
tener so gente escondida.

61. *Apud* Sola-Solé, p. 82. También Quevedo se burla de tales errores coloquiales, así en la *Confesión de los moriscos*: "Yo, picador, macho herrado, macho galopeado, me confieso a Dios bardadero y a soneta María tampoco, al bien trobado san Sanchez Batista y a los sonetos apóstatas san Perro y san Palo, y a vos, padre espertual, daca la culpa, toma la culpa. Vuélvome a confesar a todos estos que quedan aquí detrás, y a vos, padre espertual, que estás en lugar de Dios, me deis pestilencia de mis pescados, y me sorbáis dellos. Amén, Jesús." (Quevedo. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1961, vol. I, p. 101).

También Góngora (*Obras completas*, pp. 373-4) se burla en una letrilla del lenguaje de los moriscos: "Aunque entre el mula e il vaquilio// nacer en este pajar,// o estrellas mentir, o estar// califa, vos, chequeti lío.// Chotón, no l'oiga el cochilio// de aquel Herodes marfuz,// que maniana hasta el cruz// en sangre estarás bermejo.// Algualete, hejo// del Senior Alah,// ha, ha, ha." Y etc.

¡Ay ha!
 Salir de repente juntos:
 damos voces el moriscos,
 desmayábase la Reina
 sobre una turca alcatifa.
 ¡Ay ha!

Cuando el marqués de Mondéjar entra con su campo en la Alpujarra (1569) hace pregonar un bando "declarando que la guerra era contra enemigos de la fe y rebeldes a su majestad"⁶². En esas palabras compendia el conjunto de acusaciones que los cristianos viejos dirigían a los moriscos, quienes alcanzarían el nivel más bajo de estimación pública hacia 1600⁶³, estado de ánimo que -como veíamos- aparece bien reflejado en Cervantes. Este, en las diatribas dispersas en *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, *El coloquio de los perros*⁶⁴, o *El Quijote*⁶⁵ aporta el *corpus* teórico de responsabilidades, pero también abunda en la visión común sobre los moriscos hasta en adscripciones parciales, de detalle: por ejemplo, en *El licenciado Vidriera*⁶⁶ la hechicera mencionada es, naturalmente, una morisca que, como miembro de una comunidad aislada, automarginada y, por ende, pobre, reunía todos los méritos para recibir tal galardón: del mismo modo en que Jerónimo de Pasamonte⁶⁷ nos presenta en Gaeta a una bruja... morisca, por supuesto. Misterio, poderes dañinos, oscuras fantasías podían endosarse a estas mujeres conversas, pero sus correligionarios menos encubiertos -los bandoleros *monfies*- provocan pavor⁶⁸, paralelamente a las suspicacias que concitaban la soli-

62. Mármol. *Rebelión*, Libro V, cap. XXII, p. 247.

63. Vid. Caro Baroja. *Los moriscos...*, p. 223.

64. Cervantes. *Obras completas*, p. 1021.

65. *Ibid.*, p. 1459.

66. *Ibid.*, p. 879.

67. Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte, en *Autobiografías de soldados*. BAE, vol. XC (1956), p. 41.

68. B. Vincent -un entusiasta de los moriscos- detalla bien las actividades bandidescas de los monfies, a las cuales no parece dar mayor trascendencia (*Minorías...*, pp. 182 y ss.); y termina por reconocer: "Hay monfies en todas partes; tan sólo la operación quirúrgica de 1609-1614 conseguirá acabar con ellos" (*Ibid.*, p. 189).

daridad de los linajes (la fortísima cohesión de clan), la práctica clandestina de la poligamia (pese a su exigüidad)⁶⁹ o la doblez de imponer dos nombres (uno cristiano en el bautismo y otro musulmán en la *`aḩīqa*) a los recién nacidos, práctica encubierta de la que se revelan entusiastas los más pobres y aculturados⁷⁰, quizás por asirse al nombre como a uno de los últimos signos portadores de la identidad. En todo caso, el contraste entre judíos conversos y moriscos es grande, pues mientras los primeros se adaptan y "penetran de mil formas, los segundos quedan siempre como un cuerpo aislado de tan difícil asimilación que, por último, es expulsado casi en su mayor parte al norte de Africa, sin dejar rastro de su existencia poco después de realizada la expulsión. En cambio, los judíos conversos fueron con frecuencia hombres de extraordinaria capacidad en todas las esferas (...). Se habla de bastantes autores famosos de ascendencia hebrea. Los moriscos, en bloque no demuestran tener ni la sutileza, ni la combatividad de los judíos (...) los mismos que, sintiéndose cristianos viejos, convivían con los conversos judíos y con los moriscos a la par, nos han dado fe de la falta de ductilidad de los segundos. El morisco no puede acomodarse a una situación de "biculturalidad" como se acomoda el judaizante. Es, en bloque, como es. (...) Hasta los nombres y apellidos cristianos que le han hecho adoptar los modifica de modo que los hace sospechosos. Vive en la morería hasta el mismo momento en que recibe la orden de marchar. Ascende poco en la vida social"⁷¹. Retrato crudo pero realista el trazado por Caro Baroja y con el cual *grosso modo* estamos de acuerdo. Sin embargo, los escritores de la época (cómodamente catalogados *a posteriori* como representantes de los cristianos viejos) dirigen sus preocupaciones principales hacia los criptojudíos, sin duda por estimarlos más peligrosos: si los moriscos pueblan las comedias

69. B. Vincent, al respecto se contradice a sí mismo: "revela la existencia de una sola esposa y madre en cada hogar" (*Minorías...*, p. 21), cf. con "(La poligamia) era una práctica corriente, y se mantuvo hasta la expulsión, al menos entre los miembros de la comunidad que disponían de los medios suficientes" (*Minorías...*, p. 55). La realidad histórica y social, generalizada, de todas las comunidades islámicas muestra que la poligamia nunca ha sido *corriente*, sino esporádica y reducida a ciertos sectores sociales. Por lo tanto, está más cerca de la verdad la primera afirmación.

70. Vincent. *Minorías*, p. 43.

71. Caro Baroja. *Los judíos en la Edad Moderna y Contemporánea*, vol. III, p. 15.

con su folklorismo colorista o las jácaras y donaires que podían provocar su habla, ropas o condumios, los judaizantes atraen auténtico odio, v.g. en el mejor de nuestros escritores de todos los tiempos, Quevedo⁷², si somos capaces de verle sin prejuicios postmodernos. En *La Isla de los Monopantos*⁷³, opúsculo inserto en *La fortuna con seso y la hora de todos*, Quevedo exhibe un antisemitismo elemental y tópico narrando una reunión de rabinos en Salónica con presencia del Conde-Duque y sus ministros: el medro temporal es el fin supremo, la disimulación el medio de lograrlo y la condena -por tanto- inevitable.

La resistencia pasiva o armada, o el bandolerismo a secas, de los moriscos comenzó en el mismo año 1492, al término de la Reconquista⁷⁴, y preferentemente se manifestó en la Alta Andalucía, dando lugar a encarcelamientos⁷⁵ y otras formas represivas o de abuso de autoridad, tal la utilización de los presos como mano de obra gratuita por los alcaides de las prisiones, llegando uno de ellos (Andrés de Castro, cárcel de Valencia) a ser condenado a tres años de galeras por las acusaciones de sus víctimas⁷⁶. Esta explotación de las gentes más desvalidas e indefensas era práctica corriente en la época, y no sólo en Europa: Juan León Africano⁷⁷ refiere acerca de la cárcel de Fez que "El gobernador cobra un ducado y cuarto por cada condenado. Además, por toda persona encarcelada tiene derecho a una cierta tasa (...). (Los comisarios de policía) tampoco ellos reciben otro salario que el producto de un tributo aplicado a las gentes arrestadas cuyo montante está calculado según la duración de la detención y según la naturaleza de la pena infligida"; y el mismo J.L. Africano, en *El Cairo*⁷⁸, relata que "...el alcaide de la prisión resarce a sus acreedores y mantiene a los infelices presos enviándolos a diario a la ciudad, encadenados por el cuello y conducidos por los guardianes para pedir limosna; después se apropia del monto de las limosnas y deja a los prisioneros lo mínimo para subsistir miserablemente". Sin embargo, el aconteci-

72. "...el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo" (Buscón. *Obras completas*, vol. I, p. 332).

73. Quevedo. *Obras completas*, vol. I, pp. 266 y ss.

74. Vincent. *Minorías*, p. 177.

75. El promedio de duración de los encarcelamientos en la Inquisición de Granada era de 167 días, o sea, menos de seis meses (Vincent, p. 170).

76. Vincent, p. 165.

77. *Descripción*, p. 150.

78. *Ibid.*, p. 323.

miento que mayor peligro revistió y que, por tanto, más graves repercusiones hubo de provocar fue la sublevación de las Alpujarras a fines de 1568, en nada diferentes acción y reacción a otras coetáneas y aun a algunas más recientes: la rebelión de los anabaptistas en Alemania sofocada a sangre y fuego, como la de los irlandeses en tiempos de Cromwell, o la de los *camisards* en el reinado del Rey Sol, o la de Polonia en pleno siglo XIX.

Se discutió despaciosamente en las esferas oficiales, por letrados y teólogos, si los rebeldes que se apresaran deberían ser reducidos a esclavitud en castigo por su traición al cristianismo y siguiendo la norma general de esclavizar a los paganos cautivos en guerra (lo cual no se podía efectuar con cristianos) y Felipe II, tras muchos titubeos, dispuso "con una moderación piadosa, de que quiso usar como príncipe considerado y justo"⁷⁹ la libertad de los niños y niñas menores de diez y once años respectivamente. Hurtado de Mendoza y sobre todo Mármol Carvajal⁸⁰ nos ofrecen un cuadro documentado y realista, aunque los afeites no-velescos no escaseen -también en Mármol- cuando se trata de explicar sucesos po-co honrosos, como lo son, en general, las escabechinas de moriscos⁸¹. El mecanismo que sigue el autor responde a una plantilla fija: la crueldad (o impiedad) de los moriscos suscita la indignación de los cristianos y éstos ejecutan sangrienta justicia con poco lujo de detalles del narrador. La matanza del peñón de Inox, poblado sobre Níjar, perpetrada el 1 y 2 de febrero de 1569, se justifica con las tropelías cometidas de antemano por los moriscos⁸². De todos modos, quedan cabos sueltos difíciles de

79. Mármol. *Rebelión*, Libro V, cap. XXII, p. 247.

80. En algún caso Mármol queda atrás de Hurtado; por ej., el atroz suplicio del cabecilla el Zamar (Hurtado de Mendoza. *Guerra de Granada*, p. 176) no merece a Mármol (*Rebelión*, Libro V, cap. XXXI, p. 247) mayor atención, sin entrar en detalles: "Le prendieron, y en Granada hizo el conde de Tendilla rigurosa justicia después dél".

81. Así la carnicería de moriscos en Jubiles (*Rebelión*, Libro V, cap. XX, p. 235).

82. "...los cuales habían prendido poco antes una espía que enviaba don García de Villarroel y dádole cruel muerte, espetado en un asador de hierro"(...) los bárbaros, teniendo por consejo poco seguro el de su enemigo, y pareciéndoles que el morisco iba con aquel achaque á espiar y ver la fortificación que tenían hecha, le prendieron y hicieron morir empalado, poniéndole en una alta peña á vista de nuestra gente" (Mármol. *Rebelión*, Libro V, cap. XXVII, pp. 241-244).

encajar en el relato, no ya la intención exculpatoria de Mármol, o la veracidad de las atrocidades de los sublevados (suelen aparecer datos muy concretos, nombres, filiaciones, etc. de los afectados) sino de otra índole: en el caso de Inox, el estudio *in situ* del lugar hace poner entre interrogantes las cifras de moriscos refugiados en el peñón primero y después apresados (unos 3000), por simple imposibilidad física de que cupieran.

El procedimiento psicológico es idéntico al narrar otra ejecución masiva, con ciertos tonos novelescos, en Ujijar, la causa esta vez el mal trato y escarnio padecido por un Cristo a manos de los sediciosos⁸³; como se fundamenta la matanza por las turbas de los moriscos presos en Granada (110 muertos) porque "muchos dellos se hallaron estar retajados"⁸⁴; de igual manera que, en Las Guájaras, "fue tanta la indignación del marqués de Mondéjar que, sin perdonar a ninguna edad ni sexo, mandó pasar a cuchillo hombres y mujeres cuantos había en el fuerte"⁸⁵. Y no son estos los únicos ejemplos. No obstante, el relato escueto, casi cinematográfico, de Mármol constituye en ocasiones una eficaz autocrítica, por más que escaseen comentarios o declaraciones condenatorias⁸⁶ pero, en todo caso, la pura enumeración y descripción de hechos contrasta vivamente con los epigramas, no poco crueles, de autores diversos satirizando la muerte en la hoguera (v.g. de Góngora, u otros atribuidos a Quevedo, el conde de Villamediana, Velázquez de Avila, etc.)⁸⁷ y en suma reflejando los sentimientos generales de animadversión hacia los falsos conversos que, tampoco tras su salida hacia el norte de Africa,

83. Mármol. *Rebelión*, Libro V, cap. XXIII, p. 237.

84. *Ibid.*, Libro V, cap. XXXVIII, pp. 252-3.

85. *Ibid.*, Libro V, cap. XXXI, p. 247.

86. "hizo poner a tormento a Aben Aboo, mandándolo colgar de los testículos en la rama de un moral que estaba a las espaldas de la casa; y teniéndolo colgado, que solamente se sompesaba con los calcañales de los pies, viendo que negaba, llegó a él un airado soldado, y como por desdén le dio una cox, que le hizo dar un vaiven en vago y caer de golpe en el suelo, quedando los testículos y las binzas colgadas de la rama del moral" (Mármol. *Rebelión*, Libro V, cap. XXXIV, p. 249).

87. Caro Baroja. *Los judíos en la España Moderna y Contemporánea*, vol. I, p. 342. Por ej., Góngora: "cinco en estatua, solo uno en persona// encomendados justamente al fuego,// fueron el auto de la fe en Granada" (*Obras completas*, p. 531).

terminaban de padecer infortunios: no siempre eran bien acogidos con solidaridad o meramente misericordia y respeto (por su superior nivel técnico, por la competencia económica que podían entrañar y, desde luego, por ser poseedores de joyas u objetos que despertaban la codicia entre los norteafricanos, habituados a vivir del saqueo y bandidaje endémicos⁸⁸).

No parece que los literatos de la época manifestaran pena alguna por la expulsión de los moriscos (1609-1614), sino más bien al contrario: la celebraron con alborozo, no sólo por halagar las pasiones del vulgo o por actuar de altavoces de la política oficial, sino por conocer la escasa incidencia, la importancia relativa, de la salida de una parte nada apreciada de la población. Las conclusiones de Elliott⁸⁹ son terminantes en cuanto al empobrecimiento español general: las exacciones de impuestos que arruinaron al reino de Castilla y lo despoblaron durante el siglo XVI, la terrible peste de 1599-1600 con sus efectos en la ausencia de mano de obra, el éxodo hacia las ciudades origen de la carestía de productos agrícolas, el pozo sin fondo de las guerras de religión (sólo en la Invencible Felipe II gastó 10 millones de ducados), la insuficiencia de los envíos de plata americana para cubrir los agujeros (nada más un cuarto de los ingresos reales al año procedía de América)⁹⁰, la carga tributaria que pesaba principalmente sobre Castilla⁹¹, la

88. "Un grupo de 500 a 600 moriscos que se dirigían a Tremecén sin escolta fueron desvalijados por los árabes. Algunos días más tarde otro grupo de unas cuarenta personas que se dirigían a Mostaganem fueron asimismo atacadas" (Lapeyre. *Geografía*, p. 71); "En Arzeu, donde 14 navíos, 6 de los cuales de guerra, habían desembarcado a sus pasajeros, hubo que disparar la artillería y los mosquetes, al ser mal recibidos por los árabes" (*Ibid.*, p. 78).

89. Elliott. *La España imperial*, pp. 320, 321, 324, 332, etc.

90. *Ibid.*, p. 309.

91. *Ibid.*, p. 309. Los cuadros que Elliott ofrece (p. 311) parecen incontestables y fundamentan bien su afirmación "de la superioridad de las contribuciones fiscales de Castilla sobre las otras dos partes de la Monarquía". No obstante, R. García Cárcel (*Las culturas del Siglo de oro*. Madrid, 1989, p. 63) pretende lo contrario, aunque no lo documenta: "Desde Castilla el problema se contempla en términos de disfunción fiscal de los distintos reinos, por la descompensación entre la supuesta generosidad castellana y la insolidaridad de la Corona de Aragón, una confrontación de dos opciones: la modernidad que implicaría la apuesta por el centralismo y el pasado que supone la vinculación del aparato foral". Tanto gusta al autor este párrafo que lo repite, íntegro, en otra obra (*La leyenda negra*. Hª y

dependencia cada vez mayor de las importaciones del norte de Europa, manufacturados y cereales, fueron sin duda mucho más decisivas de la decadencia económica. No se pueden magnificar las consecuencias de la salida de los moriscos y en cualquier caso es menester contemplarlas en todos sus matices y por regiones, por el distinto peso que los moriscos tenían, como más arriba señalábamos⁹². Y Lapeyre no es menos tajante al concluir: "...las observaciones precedentes nos autorizan ya a concluir que la salida de los moriscos no fue para el reino de Valencia esa catástrofe sin precedentes que algunos autores han imaginado, aunque las pérdidas sí que fueron sensibles y lentas de reparar"⁹³.

La España de los siglos XVI-XVII (más bien inicios de este último siglo) vive respecto a los musulmanes una paradoja de psicología social que también encontrará su correlato en la literatura: maurofilia *versus* maurofobia. Nos referimos al concepto todavía extendido en torno a los "moros de antaño", aureolados por la lejanía, embellecidos e idealizados por el paso del tiempo y por la evidencia tácita de que ningún peligro entrañaban ya; y con los cuales, incluso, se podía ejercer una cierta suerte de generosidad esteticista, de puro y duro tópico literario; visión edulcorada que se compadecía mal con la realidad quejumbrosa y molesta de los moriscos reales, eternos lloricones y tozudos en su negativa a normalizar su situa-

opinión. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 25).

92. Elliott. *ob. cit.*, p. 334.

93. Lapeyre. *ob. cit.*, p. 95. También observa el historiador francés (p. 93): "hasta el momento no disponemos más que de los trabajos de Hamilton sobre la historia de los precios, los cuales no revelan oscilaciones bruscas coincidentes con la expulsión...Estos resultados han llevado al historiador americano a reaccionar con vigor contra la opinión habitual, según la cual ésta arruinó a España (...) No conviene tener la ingenuidad de creer, como muchos historiadores del siglo XIX e incluso más recientes, que el tipo mismo de castellano, era el hidalgo demasiado noble para trabajar. ¿Es necesario repetir esta elemental verdad, que salvo en su extremo norte, Asturias, la montaña santanderina, los hidalgos no constituían más que una escasa minoría, que los vascos se creían todos nobles, pero que eso no les impedía cultivar la tierra o construir navíos, que Castilla contaba con millares y millares de campesinos laboriosos y que los magníficos monumentos, ornato de sus ciudades, no hubieran podido ser construidos sin un ejército de artesanos los cuales no eran todos moriscos, ni mucho menos" (p. 161). Vid. también el mismo Lapeyre, pp. 92, 93, 94, etc.

ción integrándose en la sociedad del momento. De un lado, sugerencias maravillosas sobre personajes de misterio dignos de todo respeto; del otro, pobretes sin remedio afamados por el no gastar y el continuo mentir a las autoridades. Si los moros de otros tiempos habían sido excelentes historiadores, estrelleros, arquitectos, guerreros o paladines galantes, amén de médicos, músicos o herbolarios -oficios todos que concitaban admiración- el cristiano viejo salía a la calle y se topaba con arrieros incultos, ahorrativos vendedores de baratijas o míseros fabricantes de adobes y ladrillos que rehusaban con contumacia disfrutar del vino, el jamón o el tocino y que en ello cifraban un orgullo de diferenciación grupal exhibido con más frecuencia de la que convenía a su integridad, pues tales negaciones se interpretaban de forma automática como una muestra de hostilidad por la mayoría de la población. Y no podía ser de otro modo en el tiempo: ¿será necesario recordar la violencia con que, aun hoy día, reacciona la gente en un país de mayoría musulmana (pongamos Argelia, Turquía, Arabia Saudí) si alguien se atreve a comer en público durante las horas prohibidas del ramadán? Eso por no entrar en más escabrosos ejemplos.

De ese papel de pijoaparte confeso que los moriscos desempeñaban también les viene el halo de héroes y mártires simpáticos con que algún contemporáneo nuestro les condecora, descubriendo en ellos románticos resistentes pugnaces ante la presión de la mayoría, naturalmente equivocada y cruel. Pero nada de esto asoma en los romances o en las novelitas moriscas: el paisaje amable y risueño envuelve amores de pureza, delectaciones pastoriles cuya trocha Montemayor abriera, si bien no le faltan llamadas a su natural identificación histórica y nacional⁹⁴. Los romances moriscos se tejen a partir de una convención artística en la cual los factores anecdóticos -la apoyatura más o menos real- sólo sirven de esqueleto a unas arboladas descripciones, plagadas por añadidura de sentimientos amorosos y cortesanos⁹⁵. Es decir, despojados de toda pretensión realista, no ya respecto a los moriscos del XVI, sino a los moros de ningún tiempo: se colorean los poemas de veleidades de amor, celos, desdenes trocados en favor por un golpe del destino,

94. "...un cavallero armado de todas armas con una espada desnuda en la mano, muchas cabeças de Moros debaxo de sus pies, con un letrado que dezía: Soy el Cid, honra de España// si alguno pudo ser más// en mis obras lo verás" (J. de Montemayor. *Los siete libros de la Diana*. Madrid: Espasa-Calpe, 1967, 4ª ed. de F. López Estrada, pp. 173-4.).

95. M^a S. Carrasco. *El moro de Granada en la literatura*, pp. 47-49).

inmerso todo en los ideales de la moral caballeresca quintaesenciada en *Amadís*. La moda del romance morisco llegó a alcanzar cierta importancia⁹⁶, favorecido el género por la agilidad de los octosílabos, por *excursus* a la vena sentenciosa del romancero viejo y por la brillante combinación temática de exotismo y enraizamiento con la tierra en múltiples alusiones (toros, cañas, caballos, armas, justas, etc.). Góngora introdujo la variante del romance morisco localizado en África, con o sin cautivos, y en todo caso mostrando unas relaciones de admiración y respeto entre adversarios, tal el motivo, extendido por el *Abencerraje*, de un prisionero moro a quien un caballero español otorga la libertad para que pueda volver con su amada. Sin embargo, en su mismo éxito el romance morisco portaba el germen de su agotamiento, fruto del desgaste por su mucha aceptación y de la imparable ascensión de la poesía pastoril: a comienzos del XVII el género está acabado, hallando sus supervivencias temáticas acomodado en la comedia de moros y cristianos.

Tal vez el exponente más afortunado del tema morisco sea la historia del *Abencerraje*, aunque tampoco tenga mucho entronque con realidad histórica ni social ninguna: "Como los melodiosos y dulces salvajes creados por Rousseau y Chateaubriand, Abindarráez y Jarifa no son seres de carne y hueso: el novelista los engendra como fabulosas criaturas de un sueño cuyas acciones miríficas se desenvuelven conforme al verosímil del género y código de honor de la época"⁹⁷. Y, como señala Cirot⁹⁸, la escenificación se construye a base de cultura clásica, por tanto podemos -y hasta debemos- sorprendernos cuando Abindarráez compara

96. "Figuran romances moriscos, de un colorido atenuado las más de las veces, en la *Rosa española* (1573), de Timoneda; el *Romancero historiado* (1579 o 1581), de Lucas Rodríguez; el *Tesoro de varias poesías* (1575-1580), de Pedro de Padilla, y el *Romancero y tragedias* (1587), de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, dándose la particularidad de que en todas estas colecciones aparece el tema novelesco de El Abencerraje. El momento de mayor esplendor de la moda morisca se halla representado por los tomitos que componen la *Flor de varios romances nuevos*, cuyas nueve partes se publicaron entre 1591 y 1597, predominando en las primeras el romancero morisco hasta el punto de corresponderle el 40 por 100 de los poemas que forman la *Flor*.. inicial" (M. S. Carrasco. *ob. cit.*, pp. 50-51).

97. J. Goytisolo. "Cara y cruz del moro en nuestra literatura" *Leviatán*, 4 (verano 1981), 2ª época, p. 90.

98. G. Cirot. "La maurophilie..". *Bulletin Hispanique*, (1938), pp. 282-3.

a Jarifa con Salmacis, idea en verdad extravagante para moro de cualquier tiem-po. Y al mismo tenor discurren el decorado, los diálogos y los sentimientos, ex-presos o contenidos, que entroncan mejor que con árabes con la Diana o el Ama-dís. La burla que Cervantes dirige a las demasías pastoriles⁹⁹ sería extensible también, por su irrealidad idílica, a las novelas moriscas: el perfecto amante Abin-darráez es también cima de virtudes caballerosas sin tacha, valor y nobleza y en nada desmerecería si de pronto su nombre se mutase en Amadís. Fuentes, jazmi-nes, arroyuelos y regatos ambientan una huerta nido de los amores de la pareja y "si la historia de Abindarráez y Xarifa responde a alguna corriente literaria, es a la del platonismo, tal como fue entendida por los humanistas del siglo XVI"¹⁰⁰. Y no menor interés ni despliegue escenográfico reviste la *Historia de los vandos de Zegríes y Abencerrajes, cavalleros moros de Granada*, publicada en 1595 por Ginés Pérez de Hita, donde se alternan caballerosidad, intrigas, calumnias, alevosi-dad sanguinaria del inevitable tirano, duelos, campeones y juicio de Dios en suma, tomado este último, al parecer, de la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral¹⁰¹. La obra gozó de gran éxito y así lo atestiguan sus sucesivas ediciones¹⁰². También de temática morisca son los dieciocho primeros cantos de la *Austriada* de Juan Rufo (1584) en que se narra la rebelión de las Alpujarras, con marcados visos his-toricistas; y la Hª de Ozmín y Daraja, de Mateo Alemán, incrustada en el Guzmán de Alfarache (1599), a caballo entre el *Abencerraje* y los romances moriscos.

La comedia "de moros y cristianos", quizás reminiscencia de mascaradas ya existentes en el siglo XV¹⁰³, fue muy cultivada por Lope de Vega, quien enriqueció el género sacándolo de la limitación de presentar al moro como puro perso-naje cómico que mueve a risa. Así manifiesta su preocupación desde la primera de sus comedias conservadas, *El cerco de Santa Fe*, en que el autor se vale de romances fronterizos entrelazando la acción, no poco caótica, con historias de ce-los,

99. "(Los pastores) lo más del día se les pasaba espulgándose sus abarcas; ni entre ellos se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos o Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos o Llorentes" (Cervantes. *Coloquio de los perros*, en *Obras completas*, p. 1001).

100. M. S. Carrasco. *ob. cit.*, p. 61.

101. *Ibid.*, p. 65.

102. *Ibid.*, p. 68.

103. *Ibid.*, p. 77.

cortesánías y otras lindezas de los nobles granadinos¹⁰⁴. La tónica general de las comedias moriscas de Lope adapta historias conocidas (por ej. la de Abindarráez y Jarifa) o combina caballeros enamorados y celosos con su conversión final al cristianismo, pues la bondad de su carácter hace que su alma sea, en realidad, cristiana; sin que falten castellanos interviniendo en amoríos y fiestas, incluso como protectores de un moro perseguido contra toda justicia. Pero no hay trato igualitario entre los miembros de ambas religiones: el cristiano siempre está por encima, aunque la amistad pueda florecer entre adversarios. Los romances, la belleza descriptiva y los elementos populares moriscos completan la visión lopesca, seguramente muy influida -como propia de un espíritu inteligente y sensible- por la visita que el dramaturgo giró a Granada en 1602.

Un último aspecto que debe abordarse es la cuestión de los conversos y las Indias. Como en todos aquellos terrenos en los cuales la documentación falta, la imaginación vuela. Tenemos algunas noticias dispersas de judaizantes, de origen portugués casi todos, localizados y procesados por la Inquisición¹⁰⁵, establecida en México y Lima, pero prácticamente nada referente a moriscos. Tampoco nos ayudan los dos repertorios existentes de "pasajeros de Indias", excepto en la línea conocida hasta la fecha: no hubo, al menos oficialmente, emigración de moriscos

104. M. S. Carrasco (*ob. cit.*, p. 81) cita una primera lista de comedias moriscas, perdidas; y otra de seis obras conservadas: *La envidia de la nobleza*, *El hidalgo Bencerraje*, *El hijo de Reduán*, *Pedro Carbonero*, *El remedio en la desdicha* y *El cerco de Santa Fe*.

105. Fray Diego de Ocaña (*A través de la América del sur*. Madrid, 1987, p. 97) recoge, hacia 1600, el relato de un auto de fe contra judaizantes en Lima: "Veintitrés judíos, todos portugueses, de los cuales quemaron a los tres vivos que no se quisieron convertir y todos los demás judaizantes con sambenitos reconciliados". Vid. también Caro Baroja. *Los judíos...*, vol. I, p. 359 y ss.

Solange Alberó (*Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*. México: F.C.E., 1988, p. 453,) como colofón a lo que denomina "gran persecución inquisitorial de los años 1642-1649" refiere que se condenó a abandonar el virreinato a 103 judaizantes, de los cuales sólo 26 embarcaron rumbo a España y aun de éstos muy pocos llegaron a ella efectivamente, pues los demás se fueron quedando en las distintas escalas. Sobre la exigüidad de las actuaciones y los medios de la Inquisición en sus dos tribunales americanos (Lima y México) vid. J. Pérez Villanueva y B. Escandell. *Hª de la Inquisición en España y América*. Madrid: B.A.C., 1984, vol. I, pp. 718-729).

al Nuevo Mundo. No se nos escapa que la expresión "al menos oficialmente" es uno de esos terrenos de los que los diligentes entusiastas de la fantasía pueden extraer todo género de conclusiones favorables, de certezas ineludibles que debemos creer a pies juntillas: la mera posibilidad de que pasaran algunos cristianos nuevos se trueca para ellos en seguridad absoluta, máxime si la ven reforzada por unos cuantos procesos inquisitoriales de marranos probados. Por nuestra parte preferimos ceñirnos a los hechos sabidos y admitir que quizás el soborno, la vista gorda o la simple negligencia permitieron que entre los pasajeros se colaran gentes con nombre supuesto o papeles falsos, pero que en todo caso -si se dio- estos criptomoriscos no dejaron huellas distintivas una vez en América, diluidos en la inmensidad del continente y aplicados a mostrar su adhesión a la confesión, cultura y sociedad de la mayoría. Algún estudio de campo, en curso en la actualidad¹⁰⁶, pretende demostrar la presencia en el norte argentino de gauchos, o más bien paleogauchos, descendientes de moriscos: con el máximo interés esperamos sus conclusiones. Pero mientras éstas llegan hemos de conformarnos con los datos de Boyd-Bowman¹⁰⁷ y del *Catálogo de pasajeros a Indias*¹⁰⁸, que nada aclaran al respecto. En el volumen quinto del *Catálogo* (1567-1577), correspondiente al momento de la gran traslación de moriscos hacia el oeste y centro de España, procedentes de las Alpujarras, se mantienen las mismas constantes que en los anteriores: predominio entre los viajeros de andaluces (de Andalucía Occidental), seguidos de los extremeños, manchegos, castellanos y vascos (que tampoco escaseaban); presencia copiosa de gentes nacidas en las Indias (indios, mestizos, negros y blancos) y venidas a la Península por causas diversas; escasez de gentes de Granada o Valencia (de donde más moriscos se podían esperar); en los raros casos en que

106. Realizado por la Sra. M^a Elvira Sagárazu, de Rosario (Argentina).

107. P. Boyd-Bowman. *Índice geobiográfico de más de 56 mil pobladores de la América hispánica (1493-1600)*. México: F.C.E., 1985, 5 tomos. Francisco López de Caravantes señala "y que los que passasen moriscos incurriesen en pena de mil pesos de oro (...) y si fuese persona vil y no tuviese con qué pagar la pena, se le diesen cien azotes" (*Noticia general del Perú*. Madrid: B.A.E., 1988, vol. V, p. 76).

108. *Catálogo de pasajeros a Indias*, cuyo primer vol. (1509-1533) apareció en Madrid en 1930 publicado por el Mrio. de Trabajo y Previsión, llegando hasta el sexto (1578-1585), de M. C. Galbis Díez, que vio la luz en 1986 bajo el patrocinio del Mrio. de Cultura y el Archivo Gral. de Indias.

el nombre o los apellidos, o el lugar de origen, del viajero o de sus padres, pudieran indicar algún remoto entronque con cristianos nuevos se trata casi siempre de criados de personajes (obispos, *doctores*, capitanes, altos funcionarios de la burocracia, etc.) incluidos en su séquito. Poco trecho se puede andar con tales alforjas.

Tal vez sí encierre algún interés mayor corroborar cómo los españoles, también en las Indias, reproducen sus esquemas ideológicos y culturales, por enésima vez, en torno a los moriscos, moros, musulmanes, islam en general, en ausencia de los mismos. Y de ello sí nos ofrecen referencias las crónicas, aunque tampoco con profusión, pues los problemas y dificultades que descubridores y pobladores habían de enfrentar y vencer a diario distaban mucho de las lejanísimas de la Península o el Mediterráneo. Así Fray Diego de Ocaña -uno de los más interesantes viajeros de principios del XVII- repite la noción de vaguedad e imprecisión que más arriba señalábamos al narrar que "pasaron los galeones de largo, sin tomar puerto en Canarias, a vista de Turquía y Africa por entre la isla de Lanzarote y Canaria"¹⁰⁹; o al hablar de los monumentos de Tiahuanaco afirma: "con la grandeza de las piedras de estos edificios pueden callar y quedan muy atrás lo que las historias cuentan de las pirámides de Egipto"¹¹⁰, aunque podamos preguntarnos acerca de la idea que de las Pirámides alcanzase a abrigar un fraile jerónimo de Guadalupe en el año 1600. Del mismo modo, el último y peor término de comparación a que se recurre son los *alárabes*¹¹¹; y cuando no se sabe nombrar o describir con precisión un lugar de cultos execrables, se acude a la palabra *mezquita*¹¹², que era lo suficientemente conocida por los españoles y dotada de connota

109. Fr. Diego de Ocaña. *ob. cit.*, p. 33.

110. *Ibid.*, p. 203.

111. Al referir las deliberaciones de Hernando Pizarro a la llegada de Almagro al Cuzco desde Chile, G. Fernández de Oviedo (*Hª Gral. y natural de las Indias*. Madrid: BAE, CXXI, 1959, vol. V, cap. XIII, p. 174,) comenta con toda naturalidad: "haber rompimiento con los que venían a socorrer, *aunque fueran alárabes*, cuanto más seyendo cristianos y vasallos de Sus Majestades".

112. "(En Cajamarca) tienen otas suciedades de sacrificios y *mezquitas*" (Francisco de Xerez. *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Ed. de C. Bravo Guerreira. Madrid: Hª 16, 1985, p. 90); "en cada pueblo hacen sus *mezquitas* al sol" (*Ibid.*, p. 104); "(en Nicaragua) uno que tenían por papa, que residía en la *mezquita*" (P. de Andagoya. *Relación y documentos*. Ed. A. Blázquez. Madrid: Hª 16, 1986, p. 105); "halló en una *mezquita* cien mil pesos de oro bajo" (Anda-

ciones paganas, por lo menos en los cronistas de la primera época, pues luego aparecerá *huaca/guaca* -como era lógico- y de idéntica manera a como *canoa* suplantó muy pronto a *almadía*.

La mención de los moros, sus costumbres y creencias (reales o deformadas) es un socorrido expediente para hacer entender y acercar los siempre sorprendentes y novedosos fenómenos y objetos de las Indias; de tal guisa Fernández de Oviedo¹¹³, hablando de Catarapa, trae a colación que "el cual cacique tenía mucha parte de la persona pintada, y estas pinturas son negras y perpetuas, según las que los moros en Berbería por gentileza traen, en especial las moras, en los rostros y otras partes". Y pasando a facetas de la vida de mayor calado, trascendencia y, por tanto, impresión en los pacatos o hipócritas ojos de los frailes, el susodicho Diego de Ocaña nos dedica una descripción, no poco morbosa aunque divertida, al hablar de las indias: "me pareció este traje más lascivo que *el de las moriscas de Granada*, que pintan hasta la media pierna; que al fin aquéllas están cubiertas con ropa y estotras andan desnudas con unas carnes como un alabastro"¹¹⁴; porque él mismo, en el Tucumán, observa que los indígenas "trabajan poco; son muy viciosos, en particular las mujeres, y esto es general en todas las Indias, tener las mujeres mucha libertad; y así viven, como dicen, *en el paraíso de Mahoma*, comiendo mucho y durmiendo sin cuidado de trabajar"¹¹⁵, misma idea que reitera Reginaldo de Lizárraga¹¹⁶, también fraile, viajero y contemporáneo de Ocaña: "los mapuches creen que después de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres, y se emborrachan; *es el paraíso de Mahoma*", resumen, principio y fin de toda pecaminosidad imaginable. Y, en todo caso, una preocupación que aflora fácilmente¹¹⁷.

goya, p. 104), etc.

113. G. F. de Oviedo. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Ed. M. Ballesteros. Madrid: H^a 16, 1986, p. 92.

114. Ocaña. *ob. cit.*, p. 173.

115. *Ibid.*, p. 144.

116. R. de Lizárraga. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Madrid: H^a 16, 1987, p. 468).

117. Vid. también A. Pigafetta. *Primer viaje alrededor del mundo*. Ed. L. Cabrero. Madrid: H^a 16, 1985, pp. 21 y 89,; y Fr. Gabriel de San Antonio. *Breve y verdadera relación de los sucesos del reino de Camboxa*. Ed. R. Ferrando. Madrid: H^a 16, 1988, p. 50.

A la vista de las páginas anteriores cumple a nuestro juicio una reflexión final, de haberse logrado nuestro objetivo de mostrar la postura de la sociedad española de los siglos XVI-XVII acerca de los conversos de origen musulmán, a través de los textos literarios, y si les otorgamos cierta credibilidad como fuente informativa: una actitud tan generalizada y sostenida, por dura que fuese, ¿podía engendrarse y mantenerse con tal rigor y tenacidad sin bases materiales y muy concretas y sin estar dotada de una propia lógica interna? ¿Todo el conflicto se debió a un prejuicio gratuito y sin fundamento? Y en la inteligencia de habernos limitado a enumerar y comentar, sobre todo, las maldades, injusticias o represalias perpetradas por los españoles cristianos, no por inexistencia de otras homólogas y paralelas en el lado musulmán.